

Los magistrados del Poder Judicial, son muy severos en la China, lo mismo que en todos los países civilizados.

En Pekín había un juez llamado Tío Kin, que era un modelo en el ejercicio de su ministerio.

Sabía de memoria todos los códigos del Celesto Imperio y recetaba todos los artículos de la ley con una precisión admirable.

Me parece que lo veo, sentado en su tribunal, con su fisonomía rechoncha, los ojos diminutos a la moda del país; la cabeza afeitada y la coleta tiesa como un rabo de zorro.

Varios personajes rodeaban el estrado, y le ayudaban en la administración de justicia.

Sus fallos eran inapelables.

Cuando pronunciaba sentencia, el Secretario había un gran libro amarillo, en el que estaban ya redactadas, para mucho tiempo, las fórmulas de ley, y no había más que llenar los blancos, así como se llenan las matriculas de los peones contratados en nuestras comisarías de Policía.

Cierta día compareció ante el juez un pobre chino, a quien se acusaba de haber robado y comido un huevo.

El magistrado se revistió de la mayor gravedad, y le interrogó así:

—¿Como te llamas?

—Kin Fo.

—¿Por qué te comiste ese huevo?

—Porque tenía hambre.

—Pues bien: la ley es muy clara a este respecto. Escucha tu sentencia: "Todo el que robe alguna cosa, por pequeña é insignificante que sea, será castigado con la pena de muerte", Artículo 3.º del Código Verde. Te condeno á la horca, administrando justicia, etc.

El secretario abrió el libro amarillo y llenó cuatro vacíos con estas palabras: Kin-Fo.—Huevo-Horca.

El reo dió un golpe sobre la mesa, para llamar la atención del juez, y le mostró una pluma de pavo.

Era la insignia de los mandarines. El reo era, pues, un Mandarín, y esto no lo había advertido á tiempo el magistrado.

El doctor Pío Kin, se rasó la cabeza, como hombre que no sabe que hacer y al fin dijo:

—Estas 'eyes del Celeste Imperio son tan intrincadas, que bien puede dispensarme el Señor Mandarín que está presente, acusado por una pequeñez, el que medite un momento sobre su causa.

Meditó un rato, el chino gordo ó hizo que meditaba, y declaró que, aunque la ley hablaba del robo en general, no encontraba en ella ningún artículo referente al robo de huevos, lo cual significaba: que no había castigo alguno para esa falta, y, en consecuencia, administrando justicia etc., le declaraba absuelto.

El secretario volvió á abrir el libro amarillo, tachó la palabra *Horca*, puso *Absuelto*.

Con qué facilidad se hacen estas cosas en la China!

El juez, entre tanto, se decía para su coleta: ¡Qué plancha habría hecho yo si hubiera condenado á ese Mandarín de tres colas!

Aún no se había retirado este del juzgado, cuando fué acusado también de haberse robado la gallina que puso el huevo anterior.

El magistrado sudaba frío. Ya el delito era más grave! Como transigir! Sin embargo, muerto de miedo, escarbó el código y encontró un artículo que decía: "Al que se apropiare de animales ajenos, como gallinas, patos, cerdos, etc., se le cortará la cabeza".

El reo confesó su delito, con gran disgusto del juez que hubiera querido que lo negara.

¡Qué hacer pues! La ley era terminante. Tío Kin, recordaba que algunos mandarines, habían sido ajusticiados en otra época y aunque la mano le temblaba un poco, firmó la sentencia.

Pero, al levantar la vista, observó con asombro que el reo tenía pendiente del cuello el botón de cristal, símbolo de los grandes chambelanes del imperio.

Inmediatamente se pusieron todos de pié ante el sindicado y le saludaron con el más profundo respeto. Sólo el secretario, que era algo miope, y estaba ocupado por la tercera vez en enmendar la sentencia demoró algo en levantarse y doblar el espinazo.

Pasado el primer momento de sorpresa volvió el juez á registrar el código, estudió mejor el caso y declaró, citando en su apoyo la opinión de notables juristas chinos, que aquello de "se le cortará la cabeza", que constataba en la ley, se refería indubitablemente á la cabeza del ave robada, nunca á la del ladrón, por lo cual supplicaba á éste tuviera la bondad de decapitar á la gallina, para satisfacer á la vindicta pública.

El secretario se puso los lentes, abrió el libro amarillo, borró y escribió por la cuarta vez.

Pero, es el caso, exclamó el reo, sacando la corona de príncipe imperial y poniéndosela en la cabeza, que como el dueño de la gallina me impidiera despojarme de su propiedad, yo le maté enseguida.

El personal del juzgado le hizo una profunda reverencia en tanto que el portero, impuesto de lo que ocurría, corrió á izar la bandera amarilla, en el balcón del palacio, para que supiera el pueblo de Pekín, que un príncipe honraba la mansión con su presencia. Y cuando estuvo izada,

vino trayendo el almoadón de seda y el dosel de púrpura para el hijo del soberano; pero ya éste salía gravemente de la sala entre dos filas de altos dignatarios encorvados hasta el suelo y precedido por el magistrado que rompió á marcha tocando el gong.

Sólo el secretario andaba algo rezagado, motivo de haber tenido que romper, cuidadosamente para que, no se notara, la página 3114 del libro de las sentencias.

Al día siguiente, cuando se instaló el tribunal fué denunciando un vendedor de *the*, que no se había prosternado cuando salía el príncipe del palacio de justicia.

Y, por supuesto, lo ahorcaron, porque la justicia es muy severa en Pekín...

¡Qué cosas las que pasan en la China! dirán mis lectores. Sí, digo yo; parece que pasaran aquí.

JACK THE RIPPER.

—Este árbol estorba, dice el gañán; hay que cortarlo.  
—¿Tiene una copa tan hermosa!—responde el propietario.

—Y el tronco carcomido.  
—A su sombra descansaron mis padres y mis abuelos; simboliza las tradiciones seculares de mi familia.

—Se caerá solo.  
—Además, al cortarlo podría caer sobre la casa y destrozar la pajarera y desconchar la fachada.

—Se caerá de todos modos.  
—Quedará aquí un hueco muy feo. Todas las fincas tienen un árbol centenario, como todas las naciones tienen ejército, marina y clero...

El gañán se aleja refunfuñando.  
La frondosa copa se agita movida por el viento. Las hojas castañetean como si las hiciera temblar frío de muerte.

El tronco ruje y se parte.  
¡El árbol cae y destroza el palomar, derrumba la casa y mata al dueño!

## Ecos del 1.º de Mayo



—¡Por caridad, señor médico! atiéndalo Vd. inmediatamente.  
— Señora, la policía asegura que el herido formaba parte de los manifestantes revoltosos.

Lo atenderé como Vd. desea pero tendré que dar el parte correspondiente y entonces pasará al hospital en calidad de preso. Como Vd. comprenderá no puedo faltar á mis sagradas obligaciones profesionales....

—¡!....